

CARLOS SOLORZANO

VOZ VIVA DE AMÉRICA LATINA

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

DIRECCIÓN GENERAL DE DIFUSIÓN CULTURAL

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Rector: Dr. Guillermo Soberón Acevedo

Secretario General: Dr. Fernando Pérez Correa

Director General de Difusión Cultural:

Lic. Hugo Gutiérrez Vega

Departamento de Grabaciones:

Marisa Magallón

PRESENTACIÓN

CARLOS SOLÓRZANO EL ENGENDRADOR DEL DESPOTISMO

Los críticos se lamentan con frecuencia de la pobreza temática de la novela hispanoamericana, de la falta de espíritu de experimentación y de aventura, del peso excesivo que le impone la realidad circundante. Todo ello constriñe y limita la imaginación creadora que se contenta con reproducir lo que tiene a su alcance sin intentar ni explicárselo, ni investigar sus orígenes, ni de llevar lo anecdótico hasta sus últimas consecuencias.

Estas lamentaciones son justificadas y las corrientes literarias en las que predomina el afán por lograr la perfección de la forma o por ampliar los recursos lingüísticos o por ejercitar las capacidades inventivas, no son sino las excepciones que confirman la regla. Y la regla es insistir en el lugar común de una naturaleza desmesurada y hostil a la que se enfrenta el hombre, desprovisto de medios técnicos, animado por la ilusión de dominarla gracias a exorcismos mágicos, a temeridades románticas, y ante la cual termina aniquilado.

Cuando la acción se desplaza a centros urbanos es para mostrarnos el poder político, tan ciego y tan brutal como el de la naturaleza, derramando inicuamente el favor y el castigo sobre quienes giran en su órbita y esforzándose sólo en refinar los instrumentos de explotación y de tortura. La posibilidad de que en ese ambiente un hombre realice sus potencialidades es muy remota (por no decir, de plano, que inexistente). Y entonces el autor nos obliga a asistir a una prolongada agonía en la que la desigualdad de los contendientes prepara y justifica la fatalidad del desenlace.

¿Por qué los novelistas hispanoamericanos prefieren correr los riesgos de la monotonía a los del hallazgo de lo nuevo? Evidentemente, porque una especie de necesidad —más vital que estética— los compele a dar testimonio de lo que están presenciando. Porque las circunstancias, naturales y políticas, a pesar de su reiterada incorporación a la literatura, no han desaparecido; y si se han modificado ha sido casi imperceptiblemente. Conservan íntegra su vigencia, su gravedad. Y el escritor intenta —una vez más, siempre una vez más— romper un eslabón de la esclavitud, cumplir con sus imperativos de ciudadano consciente, quebrar una lanza por la dignidad describiendo los hechos que no sólo conoce sino que padece en carne propia, hechos que son pero no deberían ser, porque ninguna de las razones en que se sustentan son válidas para ningún criterio lógico ni defendibles según las normas de la justicia.

por Rosario Castellanos

Sin embargo, hay algo que cambia en estos novelistas que conciben su oficio más como una representación redentora de la realidad que como el mero placer que resulta de las felices combinaciones formales que logra la destreza. Lo que cambia es el estilo, el enfoque dado a los problemas, el punto de vista desde el que se sitúa para contarlos.

Ilustremos esta diferencia con un ejemplo. Se trata de dos autores de la misma nacionalidad aunque de dos generaciones diferentes. Ambos nos hablan del mismo momento histórico por el que atravesó su patria. Cada uno lo hace a su modo y su modo no puede ser más distinto. Y a la postre resulta que una novela es complementaria de la otra, porque le agrega una dimensión que faltaba, porque ilumina aspectos del mismo fenómeno que no habían sido considerados, porque, en suma, profundiza yendo más allá de las apariencias cuyo estrépito ocultaba una interioridad grávida de significados trascendentes.

Estos dos libros son: *El Señor Presidente*, de Miguel Ángel Asturias (aparecido en 1946) y *Los falsos demonios* de Carlos Solórzano, que acaba apenas de editarse.

Guatemaltecos ambos autores, a los dos los fascina la figura del tirano Estrada Cabrera. El primero narra los acciones imprevisibles, arbitrarias de esa voluntad que se yergue sobre las cobardías ajenas para destrozarse, para cambiar el cauce de las vidas y las posesiones de las haciendas, para envilecer la atmósfera moral de un país. En el texto de Asturias el tirano es algo más que un hombre; es algo más que el representante de los intereses de una clase y, simultáneamente, el siervo de los intereses de otra clase más elevada que la suya: es un mito, inaprehensible para la inteligencia, inalcanzable para las minúsculas criaturas que se le oponen, indestructible como esas estelas mayas que ni el tiempo, ni las invasiones conquistadoras, ni el abandono y el olvido, han arrasado en la selva. Pero lo que Asturias no se detiene a meditar es cómo surge un monstruo semejante, a costa de quiénes o de qué se expande, de qué manera se afianza hasta el grado de no suscitar más que esporádicas y simbólicas reacciones de resistencia. Este es el cabo suelto, fundamental, que toma Carlos Solórzano para tejer una trama de apretada coherencia, un fondo gris y uniforme sobre el que resaltan unas figuras delineadas con estricta precisión y con una admirable economía de elementos.

En *Los falsos demonios* el protagonista, un tal Canastuj, se nos revela —junto con una enorme masa de hombres anónimos en quienes los mecanismos de conducta no llegan hasta el nivel de la

formulación verbal ni de la conciencia—, como el engendrador de los tiranos. Por su pasividad ante el uso irracional de la fuerza (uso que justifica aunque lesione lo que le es más cercano y más precioso), su respeto incondicional a la autoridad y, esencialmente, su miedo a ser libres, su abstinencia del ejercicio de la opción propia aunque las condiciones exteriores la favorezcan. Esta suma de factores crea un vacío que sólo el despotismo puede llenar.

Canastuj tiene un temperamento dócil que no anhela más que someterse. Le basta un argumento, el más endeble, para acatarlo, para servirlo, para obedecerlo. Todos son sus amos. Agradece a la pobreza esa parálisis casi total que le impone, porque eso lo aleja de compañías que acaso lo inducirían a pensar y actuar por su cuenta. Pretende refugiarse en la vida eclesiástica pero, más que la carencia de vocación, el convencimiento de que ese refugio no es absoluto, lo aleja de la Iglesia. Guiado por una madre dominante estudia una carrera liberal, constituye una familia como tantas otras. Es un mediocre, cuyo afán más vehemente consiste en pasar inadvertido. Pero, quiéralo o no, está mezclado con los hombres y su exceso de escrúpulos para no contaminarse con los motivos o los móviles de los actos ajenos produce el mismo efecto que la despreocupación más imprudente: Canastuj se convierte (o cree convertirse) en el blanco de una sospecha. Los ojos, omnividentes, de los que mandan, de los que detentan la más insignificante fracción del poder, lo taladran, adivinan sus intenciones más ocultas, se anticipan a sus propósitos más secretos. El sentimiento de culpa comienza a aflorar cuando descubre, en cada transeúnte, un espía, un delator. Clasificado como reo ¿quién creará en su lealtad? Canastuj mismo no tiene más remedio que admitir que cada uno de sus movimientos es tan ambiguo que bien puede interpretarse como propio de quienes conspiran y de quienes traicionan. Juez, se condena y toma una decisión súbita, nacida de los más profundos estratos del terror y del instinto de supervivencia. Esa decisión traerá consigo una serie de acontecimientos que lo rebasan para afectar la seguridad de los que le son próximos o distantes, de los que se encuentran ligados a él por lazos de sangre o de amistad, de los que no ha conocido ni tratado. Cada uno de ellos paga por Canastuj. La madre da sus ahorros; la esposa el desamparo y la soledad; el hijo la cárcel y los tormentos; la hija de su benefactor la prostitución. Ante la impavidez con que Canastuj recibe, en el asilo y en el exilio, tales ofrendas, una duda se extiende. ¿Será el salvador que espera la República? El protagonista se espanta de la magnitud del papel que lo quieren hacer representar pero se espanta igualmente de la posibilidad de rechazarlo. Cuando lo hace es con tal tibieza que confirma las hipótesis de los demás. Y cuando pretende asumirlo es con tal torpeza que los demás recelan una impostura.

Estas contradicciones, estas oscilaciones las sufre en el destierro. Allí su mayor nostalgia no es la de su patria, no es la de su gente: es la del orden que daba configuración a sus días, a sus costumbres, a su trabajos. Su mayor angustia es la de elegir, la de elegirse a cada instante.

Porque la libertad, Carlos Solórzano lo ha expresado muy bien, es antes que un clima político, un asunto de madurez individual. No es libre, no quiere ser libre, no puede ser libre, más que el que está dispuesto a realizar su condición de persona y a afirmarla cotidianamente con actos, con pensamientos, con palabras.

CARLOS SOLÓRZANO: HOMBRE EN SITUACION

Si nos ponemos a considerar las cosas con un poco de cuidado y con una atención despojada de prejuicios y de lugares comunes, alcanzamos a advertir que la narrativa latinoamericana es, más que

un arte temporal (según las viejas y, naturalmente, superadas clasificaciones) una de las manifestaciones de las artes del espacio. La literatura en prosa que no se ha escrito hasta hoy en la parte de habla hispana de nuestro continente, es una especie de gran fresco que reproduce nuestra historia, que exalta nuestras gestas libertadoras o revolucionarias, que refleja nuestra vida pública en fin. Se plasma en figuras lo que ocurre en el ágora, en el campo de batalla, en la tribuna, en las cárceles. Por eso la mayor parte de nuestros protagonistas aparecen adoptando una posición estatuaría, fundidos en el bronce de una frase célebre, contenidos en una actitud que fue (si no la única) la definitiva, la que nos permite identificarlos al primer golpe de vista y no confundirlos con los demás que están provistos de su respectiva frase célebre y su correspondiente actitud.

¿Y más allá? El paisaje, la cordillera andina, la selva, el desierto: el telón de fondo para las hazañas. ¿Y más adentro? Nadie osa aproximarse a los dioses, a los héroes. Todos se detienen en el umbral de su casa en la que se guarda, recatadamente, a la esposa; en la que crecen y se educan los hijos; en la que obedecen, conservando un orden y una armonía perfecta, los criados.

La esposa, los hijos, los criados son también arquetipos. Se les designa con su nombre genérico y se espera que entendamos que desempeñan la función que ese nombre les confiere y que la desempeñan de una manera ejemplar, es decir, sin ningún rasgo que los individualice, que los aparte del canon convencional y establecido.

Y si el umbral de una casa es suficiente para impedirnos conocerlos más de cerca, ¿cómo hemos de penetrar en su intimidad? Esa intimidad en la que se contradicen los impulsos, en la que se enfrentan los motivos contra los móviles, los intereses contra los ideales, las dudas contra las certidumbres, las supersticiones contra los conocimientos, los estados de ánimo contra la voluntad. Ese reino interior que en nadie acaba, que dijera el clásico y desde cuya perspectiva los actos adquieren sentido, los gestos dimensión y las palabras significado.

Pero parece que la intimidad es sagrada por lo inaccesible. Más bien se presupone que se describe, más bien se elude que se alude. El resultado es, desde luego, la profunda superficialidad de los relatos y nadie se llama a sorpresa con él. Pero, ¿cuál es el origen de esta actitud del escritor frente a su objeto al que no intenta convertir en sujeto jamás?

Vamos a proponer como explicación, una paradoja: el escritor no puede acercarse a ciertos temas, a ciertas criaturas, a ciertas situaciones *porque no puede alejarse* lo bastante de ellos como para establecer la necesaria distancia estética. El escritor es cómplice, así que en vez de revelar encubre. Y no hay encubrimiento más eficaz que el del silencio. La distorsión, la mentira siempre permiten que se filtre algo de lo que se trataba de ocultar, siempre dejan una rendija que no se cierra por completo y al través de la cual el mirón, el espía, descubren aunque sea una mínima parte del secreto.

Así pues, nos hallamos en la etapa de la épica, si nos movemos en un ambiente rural; o en la de la antinovela si nos hemos desplazado a la urbe. Las técnicas varían pero se dirigen a cumplir un cometido esencial: exhibir la exterioridad del mundo la evidencia de sus formas. No proponer ninguna interpretación, no desmontar ningún mecanismo, *no desentrañar* porque cuando se toca una entraña duele. Y como es nuestra propia entraña la protegemos.

El alma humana, dice Simone Weil, tiene naturalmente horror a la luz. Por eso han permanecido en la oscuridad tantas zonas de nuestra existencia, tantos modos de nuestra conducta, tantos aspectos de nuestra realidad.

¿Dónde está escrita nuestra experiencia amorosa? Ni siquiera

en los libros redactados durante la fiebre romántica en que el estereotipo masculino lloraba su desconsuelo, después de haber intercambiado una dosis invariable de miradas tiernas, misivas castas y pétalos marchitos.

¿Dónde está descrita nuestra vida doméstica? Los cuadros de costumbres la satirizaban, para moralizarla, o la idealizan para que nos conformemos con ella y continuemos manteniendo vivo el fuego sacrosanto del hogar. Pero no se intenta analizarla para comprenderla y comprenderla para superarla. Todos la soportamos y, a veces, ¡con cuánto sufrimiento! Y ni siquiera tenemos ese paño de Verónica que es el arte para enjugar nuestras lágrimas, nuestro sudor de fatiga, la sangre que mana de nuestras heridas.

Por eso cuando aparece un libro como *Las celdas* de Carlos Solórzano el crítico se siente desconcertado porque no encuentra dónde situarlo y bajo qué etiqueta convertirlo en momia.

Porque detrás de una anécdota aparentemente muy obvia (un joven inadaptado —por el divorcio de sus padres, por su instrucción religiosa, por su complejo de culpa— decide ingresar en un convento de benedictinos como en un refugio que lo ponga a salvo de las asechanzas del mundo, del demonio y de la carne. Pero el prior de ese convento ha emprendido un experimento heterodoxo como es la consulta sicoanalítica de los monjes, medida que trae una serie de consecuencias que trascienden el límite de los casos particulares y del convento en general para constituir el enfrentamiento de la Iglesia contra una de las manifestaciones de la ciencia, disputándose ambas una presa común: el alma del hombre) se esconde una concepción del mundo. Una concepción con resonancias prehispánicas, con ingredientes cristianos de la época de la colonia y con todos aquellos elementos que maneja la cultura contemporánea y que podría reducirse a un esquema: el mundo no es una unidad más que cuando ha trascendido su dualidad.

Los polos de la dualidad no están señalados por Solórzano en abstracto sino en concreto: son los principios de lo femenino y de lo masculino encarnados en la madre y en el padre de su protagonista. Pero tampoco son una madre y un padre en general sino la madre y el padre posibles, frecuentes, típicos en Latinoamérica. Ella que, a su vez, se desdobra en una dualidad en la que presenta a los espectadores la faz de la pureza radiante, la de la intan-

gibilidad corpórea, la de la elevación de los sentimientos, la de la generosa donación de su espíritu a los demás. Pero que gime en las tinieblas, devorada por sus pasiones, por su debilidad, por su impotente resentimiento de hembra abandonada sustituida, burlada.

A su vez, el padre es una imagen ejemplar de la virtud (en su acepción etimológica de fuerza) que oculta una violencia latente, presta a desencadenarse cuando le urge satisfacer una necesidad que derriba obstáculos, desconoce respetos y aniquila convencionalismos.

Ambos polos, que en un momento tienen que ser complementarios, tienden cada vez más a ser contradictorios y aceptar uno es automáticamente, excluir al otro.

Pendularmente oscila entre los dos la conciencia del niño que ha sido engendrado por una colisión momentánea y que ahora es atraído por un disfraz del desamparo que es ferozmente implacable y por un disfraz de la autosuficiencia que es desoladoramente frágil. Y esa conciencia busca su identidad al través de los canales que la sociedad a la que pertenece le brinda. ¿Repetirá la trayectoria paterna que tiene un prestigio secular? ¿Superará, por medio de sus acciones, la frustración materna? ¿Y si pudiera conciliar dentro de sí a los opuestos? Porque se han aposentado en él y batallan, en una batalla sin desenlace y sin tregua. No importa que emigre de su país; no importa que abrace una carrera, que crea haber descubierto una vocación. “¿Dónde ir que a sí mismo no se lleve?”

Aun el claustro conventual es una metáfora del claustro materno y el método sicoanalítico ese carácter apolíneo que se dice que es propio del varón. En otro escenario, con otras apariencias vuelve a repetirse el drama del principio, de los principios. ¿Y por qué no en vez de la identificación buscar la identidad? Se busca y lo que se encuentra es esta sentencia: “Sólo podrás ser tú mismo cuando llegues a ser dos.”

Novela que explora, que bucea, que desciende hasta las raíces, hasta “los orígenes y el origen fatal de los orígenes”. *Las celdas* de Carlos Solórzano abre un nuevo campo a la narrativa en lengua española y sortea, con habilidad y fortuna, los Scilas y Caribdis que le proponen, por una parte, la tradición, y por la otra, el deseo inmoderado de innovar.

Cara I: LOS FALSOS DEMONIOS (Selección)

Duración:

20'05"

Debo comenzar a contarte los hechos de mi vida como si lo hiciera para un extraño y no para el único hijo que he tenido. Todos sabemos poco de los que nos rodean, todos necesitamos de una oportunidad en que debemos decir, soy éste, no el que tú crees. Yo debo tratar, en un solo momento, de lograr lo que me ha impedido mi ausencia, lo que se logra con la continua identificación de la vida en común; debe hacer que no me confundas con los fantasmas que llevas dentro. Sé que es difícil, pues yo mismo me sorprendo a veces preguntándome si algo me aconteció aquí, en esta tierra extraña, o allá, cuando vivía rodeado de ustedes. Pero vamos a mis recuerdos. Sólo así podré precisar dentro de mí, nítidamente, las imágenes del lugar donde nací; San Marcos. ¿Has estado ahí alguna vez? Nunca quise llevarte y cuando leas estas líneas te explicarás muy bien por qué.

Era un lugar alto, tan alto que ya desde niño mi respiración parecía insuficiente para retener aquel aire ligero que me rodeaba y que entraba con dificultad dentro de mi cuerpo. Aquella meseta elevada se veía rodeada de cordilleras azulosas, detrás de las cuales mi imaginación se cerraba para permanecer en ese valle penetrado por una luz amarilla, que parecía venir de un incendio lejano, detrás de los montes. En la parte más alta del pueblo estaba nuestra casa, que descendía sobre la ladera como un mirador que dominaba el pueblo y las serranías, como una fortaleza que afirmaba los límites seguros de nuestro hogar. Yo pasaba el día entero dentro de la casa. Por las mañanas estudiaba en "el cuarto de clases".

Al terminar la mañana me sentía un poco sofocado. El aire parecía satisfacer sólo en parte mi respiración. Pero al salir al patio, bajo el azul encendido del cielo apresado dentro de los límites de nuestra casa, sentía que algo se abría dentro de mí de par en par. El aire entraba entonces a raudales, lo sentía hasta en los pies, llenándome todo por dentro, como si fuera un muñeco que yo mismo inflara con mi propia boca. Así, lleno de bienestar, corría a ver a mi madre, para pasar con ella el resto del día. La encontraba yendo y viniendo por los anchos corredores. Me asía a su delantal, pues a veces tenía la impresión de perderla en medio de la vastedad de la casa. Atado voluntariamente iba tras de ella a la cocina, a la despensa y, finalmente, a su habitación. Todos los días hacía lo mismo. Y todos los días era esto como un preámbulo para llegar al momento en que, desde la puerta de esa habitación, me lanzaba corriendo sobre su cama, y ahí me quedaba inmóvil, extasiado, con

la cabeza entre las piernas recogidas, oyendo mi propia respiración y sintiendo su olor en la cama. Con la cara escondida, me las arreglaba para observarla: Sonreía. Venía a sentarse junto a mí a acariciarme la cabeza. Sentía una felicidad punzante, aguijoneándome en todo el cuerpo.

Otras veces me decía: —Andá a arreglarte, ya va a regresar tu papá.

—No hable ahora de él —le respondía.

—¿Por qué?

No sabía qué contestar. Sentía que un feroz arrepentimiento me atenazaba la cabeza. Él es bueno, pensaba... ¿Por qué lo odio a veces de este modo?

**Y entonces me daba miedo de encontrármelo en la casa y de que él descubriera ese odio en mi voz, en mis ojos o en mi pensamiento. Para librarme de esa culpa iba a visitar a mis abuelos. Pensaba que ahí sería todo diferente. Pero no, las casas se asemejaban mucho; el patio inmenso lleno de árboles, rodeado de habitaciones, era casi del mismo tamaño que el nuestro.*

Luego pensaba: ¿Por qué quiero que sean diferentes las casas si me gusta que se parezcan? La comprobación de esa identidad me aseguraba que nuestra vida era estable, que obedecía a reglas muy antiguas y que nada podía amenazarla.

Casi siempre me adormecía al pie de una naranjo que desplegaba su follaje en medio del patio. Al caer la noche me llevaban dormido a nuestra casa y al día siguiente me parecía siempre insólito despertar dentro de mi cama, sin saber cómo había llegado ahí. Me gustaba asegurarme de que los adultos cuidaban de mí, que yo no tenía ni siquiera que expresar un deseo para que éste se viera cumplido. Me sentía, así, muy pequeño y a la vez muy fuerte. Con un intenso bienestar de ser querido.

La casa de mis abuelos era el único lugar que me gustaba visitar. Cuando iba con mi mamá, al mercado o a la iglesia, la multitud formada por los indios, con sus trajes de colores y su idioma ininteligible, me causaba una especie de aturdimiento. Nuestros criados eran indios también y yo los quería, pero así, en conjunto, me daban miedo. Creo que desde entonces la vista de una multitud me causaba malestar. Sólo al llegar de nuevo a mi casa me aquietaba. Sobre todo cuando subía a la azotea y desde ahí veía nuestro valle y nuestras montañas, sintiéndome confortado al saber que de-

* Párrafos en cursiva: texto no leído por el autor.

trás de esos montes estaba "la vida", a la que me faltaban aún muchos años para asomarme.

Pero ahora reparo en que no te he hablado de cómo era mi padre: Sus rasgos se han ido borrando de mi memoria: Me parecía muy alto, muy grande, y nunca le veía la cara. Me gustaba sentarme a su lado sin verlo, y sentir que él estaba cerca. Pensativo, pasaba su mano sobre mi cabeza, sobre mi cuello, o a lo largo de mis piernas. Me gustaba mucho ese contacto. Era como algo que nos unía haciendo que yo me sintiera como si fuera él mismo.

Cuando iba a acostarme recortaba un fleco de la colcha para simular un bigote sobre mi boca: ¿Me parezco a él?

Nunca supe contestarme a esta pregunta, pues no sabía cómo era él realmente. A veces me parecía muy feo, pero creo que esto era solamente cuando se hinchaba dentro de mí la marea del odio.

¿Por qué? ¿Por qué le odio así a veces?

Arrepentido corría de nuevo a verle. Él leía y me volvía a ver impasible, como haciéndome comprender que la hora de las caricias había terminado. Me quedaba inmóvil y le veía entonces la cara con detenimiento: Era de piel oscura, un poco gruesa, con los ojos afiebrados por una especie de vehemencia contenida, que lo embellecía. Sobre todo al sonreír, y al mirarme acurrucado a sus pies:

—¿Qué haces ahí tan quieto?

Yo también le sonreía y me iba a acostar. Dentro de mi cama pensaba con exaltación: ¡Lo quiero! ¡Lo quiero muchísimo!

Así pasaban los meses, encerrados dentro de nuestra propia vida, repitiendo los mismos actos casi a las mismas horas.

Sólo en una ocasión salíamos todos juntos de esa diaria circulación del tiempo. Era para las fiestas de Minerva, que se celebraban todos los años por deseo del Presidente, don Manuel Estrada Cabrera. Antes de que yo naciera él había ascendido al poder. Toda mi niñez había oído hablar de él, como de algo que no podría faltarnos. Y su poder se hacía patente en esos desfiles de las fiestas de Minerva, en los que se veía la fuerza de un hombre capaz de hacer que todos celebraran con entusiasmo su afición personal. En la sala de nuestra casa había una fotografía que lo mostraba en medio de otros hombres vestidos de negro, en la celebración de "las Minervalias", que él mismo presidía en la capital.

Esa fotografía me hacía imaginar la capital como una ciudad fabulosa, en la cual residían todos los supremos poderes. Abajo de ella, una leyenda decía: El Presidente más ilustre que ha tenido Guatemala.

Mi padre contemplaba con atención ese retrato. Conocía a los hombres que rodeaban al Presidente, aunque en verdad no los había visto nunca personalmente. Parecía estimar mucho aquella fotografía, pues la limpiaba a menudo y la enderezaba cuando el marco perdía su posición correcta.

Debajo de ese marco se sentaban mis dos papás. A veces, al entrar los sorprendía, uno cerca del otro y entonces, con gesto indignado, corría a separarlos.

—¿Qué le pasa a este niño? ¡Cada día es más raro!

Mi madre reía y yo salía corriendo de la habitación. Su risa me hacía daño y al mismo tiempo sentía remordimiento por querer separarlos.

¿Qué era lo que me pasaba?

No lo sabía bien. Quizás temía que no me quisieran mucho, o tal vez era miedo de que por quererlos ellos se olvidaran de mí.

Para cerciorarme de su cariño me proponía hacer cosas que pudieran disgustarlos: escondía la bolsa de mi mamá, o desviaba la fotografía del Presidente, o hacía un ruido excesivo mientras mi papá leía. Pero pronto hallaban una manera de remediarlo todo sin ninguna violencia. Nada parecía ser capaz de alterar la calma

de nuestra casa. Con dos o tres palabras severas, pero cariñosas, todo hallaba de nuevo su curso normal. Comprobaba pues, diariamente, la seguridad de aquel cariño, aun cuando me portaba mal.

Transcurrieron de este modo muchos años. Tantos que hoy no podría recordar cuántos fueron, pero sin que pudiera precisarlo comencé a advertir un leve cambio. Algo indescriptible, pero también inequívoco:

Mi papá, al terminar de comer, ya no se quedaba sentado, como siempre lo había hecho, para hablar de los trabajos de la finca de café, o para comentar algún incidente familiar o de la vida de San Marcos. Ahora se ponía de pie sin decir nada y comenzaba a pasearse a lo largo de los corredores de la casa.

No me gustaba ese cambio, pues era al terminar las comidas cuando me acercaba a él para pedirle algo y cuando me concedía todo lo que pidiera. Estaba acostumbrado a verlo estático, firme en un solo lugar. Por eso, cuando comenzó a adquirir la costumbre de pasearse por los corredores sentí un poco de inquietud. Y para evitar eso quise pasearme, yo también, detrás de él, pero irritado se volvió y dijo colérico: —¡Quédate quieto! ¡Me ponés nervioso así, pisándome los talones!

Nunca había sufrido un rechazo semejante, y para vengarme fui a la sala a pensar en algo que pudiera dolerle a él tanto como a mí me había herido. Escondí la fotografía del Presidente debajo de la alfombra, detrás del sofá de la sala.

Al día siguiente pensé que él se enojaría mucho al notar aquella falta, pero nadie la advirtió. Yo guardaba la fotografía y pisaba sobre ella para persuadirme de que no había sido descubierta en su escondite.

Los días pasaron y mi inquietud aumentaba al ver que mis padres no mostraban ninguna preocupación por la ausencia de algo que me parecía tan importante. Para acelerar la aclaración y verme pronto liberado de aquella carga, comencé a hacer preguntas:

—¿Cuántos años hace que gobierna el Presidente? ¿Cuánto tiempo más va a gobernar?

Con gran sorpresa vi que mi mamá me tomaba de la mano y me llevaba a mi cama, sin decir una palabra. Le insistí que quería saber lo que antes preguntara.

—Es mejor no hablar de eso —dijo—. Dormite ya. —Y se fue sin besarme, dejándome solo, rabiando, con el llanto contenido.

No me quiere, pensé. Ninguno de los dos me quiere. Han comenzado a quitarme su cariño. ¿No será porque yo odio a veces a mi papá? Me propuse quererle siempre, no dar paso a la rabia para no tener que arrepentirme después. Durante los días siguientes, la insistencia de mis preguntas fue aumentando. Necesitaba que me descubrieran para pedir perdón, para volver a colocar la fotografía en su puesto y que todo volviera a su orden normal. Y para no sentir que mis papás se olvidaban de mí los asediaba con mi curiosidad. Pero como mis alusiones al Presidente eran ignoradas o desviadas, decidí encararme un día con mi padre y haciendo un esfuerzo le pregunté con firmeza:

—¿Cómo es el Presidente? ¿Es bueno?

Creí notar que ellos dos se veían y que mi mamá sonreía forzosamente.

—No sabe lo que dice —balbuceó. Y como quisiera otra vez llevarme de la mano a mi cama logré zafarme y sentándome en las rodillas de mi papá le dije de una vez:

—Usted lo quiere mucho, ¿verdad papaito? Por eso tiene su retrato en la sala.

Él se puso de pie y me hizo rodar por el suelo. Al ver lo que había hecho se acercó para ayudarme. Le vi la cara, a la altura de mis ojos. Los suyos brillaban de una manera diferente. Sí, creo que él tenía miedo. Puedo decir que la primera imagen de peligro la vi ese día en sus ojos. Tirado en el suelo lloré estrepitosamente y él,

sin saber qué hacer, salió rezongando del comedor. Mi mamá se sentó a mi lado y me secó las lágrimas.

—¿Verdad que usted sí me quiere, mamáita?

Ella escondió mi cara en su pecho, y en aquella blandura me fui apaciguando. Cuando dejé de llorar le confesé todo; que había escondido la fotografía y que sabía que merecía un castigo por eso. Pero ella, sonriendo con tristeza, fue a recogerla y la guardó dentro de un cajón:

—Creí que tu papá la había quitado y él habrá pensado que había sido yo.

Yo presentía algo extraño. Nunca en mi vida había visto que un objeto cambiara de lugar dentro de nuestra casa y menos aún el retrato del Presidente. ¿Qué era lo que pasaba, entonces?

Le pregunté angustiado a mi mamá qué era lo que había cambiado, pero ella, en vez de tranquilizarme, me dijo severamente:

—Tenés que aprender a preguntar menos. No podrías comprender lo que pasa.

Se alejó dejándome solo, ella también, y así fui a acostarme. Mientras lo hacía deseé morirme ahí mismo, antes que cambiara en nada el orden de nuestra vida.

Y poco a poco, insensiblemente, todo se fue volviendo distinto, como si comenzáramos a vivir en otro lugar diferente: mi madre ya no me permitía asirme a su delantal, ni venía a despedirme por las noches. Mi padre parecía a veces estar tranquilo, pero una frase, cualquier alusión de ella, que yo no comprendía, lo ponían inquieto y se daba otra vez a caminar por los corredores.

Y les oía discutir. Por las noches me levantaba tratando de escucharles, pero no comprendía lo que hablaban. Una noche me levanté y en camión fui hasta la puerta de la sala para saber, de una vez por todas, lo que les inquietaba. Sus voces se oían confusas, pero de pronto oí que ella decía con una voz sorda que no le conocía:

—Es una insensatez, una verdadera insensatez. Vale más un arreglo que perderlo todo.

Él le respondió: —No, es la última vez que te lo digo. No insistas más.

Caminó hacia la puerta. Oí desde afuera sus pasos y quise huir, pero no tuve tiempo de hacerlo. Él abrió, y al verme ahí se le encendió una mirada de furor. Le sonreí, pero creo que eso lo irritó más. Me cogió con fuerza de una oreja y dándome tirones me llevaba casi colgando, mientras, con la otra mano, me golpeaba. Me dejó en la puerta de mi cuarto y se fue diciendo palabras incoherentes.

¡Era como si mi vida entera se derrumbara! No podía llorar, algo me paralizaba y me acendrabá el odio dentro del pecho:

¡Que se muera! ¡Que se muera los dos!, o mejor: ¡Voy a matarme! Cuando me vean muerto sabrán lo que han perdido.

No pude dormir esa noche. Podría asegurarte que a partir de ese momento sentí que algo se interponía entre el mundo de fuera y todo lo que constituía mi interior.

Y tomé la resolución de alejarme de ellos, de jugar solo, sin que nadie me viera. Así les haría sentir, sin dañarme yo mismo, lo que significaba mi ausencia.

Me pareció cómodo poner mi silla de juegos detrás de una puerta: Hablaba conmigo mismo y me decía palabras cariñosas, que imaginaba eran de mis papás. Sentía rabia de necesitar su cariño.

Estaba confundido; los quería y los odiaba al mismo tiempo.

Una tarde mi madre me sorprendió mientras jugaba:

—¿Qué estás haciendo detrás de la puerta? Podés lastimarte al abrir.

Sin verla le respondí: —Mi papá no me quiere. Ni usted tampoco.

—¿Qué podés saber vos de lo que pasa? No comprenderías nada. Apenas tenés once años.

Hizo que llevara de nuevo mi silla al patio. La puse debajo de un árbol, y ella se sentó a mi lado a coser. Yo veía el cielo, pero ahora me parecía menos brillante. Ella, sin hablar, movía la cabeza, como si dentro de su mente se librara una discusión que no me era dable oír.

Y así, poco a poco, su silencio se fue apoderando de nosotros.

¿Qué era lo que pasaba?

Aunque no podía precisarlo estaba ya seguro de que algo grave les preocupaba a los dos. Recuerdo ahora que mi papá comenzó a prolongar su paseo por los corredores, hasta la media noche. Le oía pasar frente a la puerta de mi habitación. Me levantaba para verle por la cerradura y observar su paso lento, con las manos unidas detrás del cuerpo.

Yo veía que aquellas manos se torcían, una sobre la otra, con lentitud, como un animal que al pasar sobre otro lo sometiera sin poder apagar totalmente su cólera.

Todo era diferente; su presencia me angustiaba, pero lo que más miedo me daba era verle partir a la finca. Lo había hecho siempre. Cada mes nos dejaba durante una semana, y regresaba lleno de regalos; de fruta y golosinas. Siempre le había visto partir con alegría, porque sabía que ése era el trabajo que le gustaba y además, por una razón más íntima, porque mientras duraba su ausencia yo dormía con mi mamá, en su propia cama.

Pero últimamente cuando él se iba, tenía una sensación de abandono. Me sentía perdido y pensaba que tal vez todo volvería a ser como antes en cuanto durmiera de nuevo en su cama. Pero las sábanas de aquel dilatado lecho me parecían ahora frías y rígidas y cuando trataba de abrazarme a mi mamá, como siempre lo había hecho, ella me apartaba con firmeza:

—Dormite. Ya es tarde.

Me iba furioso al otro extremo de la cama, pero poco a poco, como en una lenta e implacable marea, me iba acercando a ella, mientras sentía las rugosidades de las sábanas como si fueran pequeñas crestas hirientes, cuya elevación me era difícil sobrepasar. No quería hacerlo, y sin embargo me acercaba hasta un punto en que, sin abrazarla, sentía el calor de su cuerpo difundido dentro de la cama. Y en ese lugar volvía a tener la impresión que antes tuviera en la azotea, al contemplar el valle: Aquella zona de la cama no había cambiado. Todo parecía ahí estable.

Pero de pronto mi madre se movía. Ya no era como antes, cuando su respiración acompasada me hacía hundirme en el lento flujo y reflujo de los minutos, de los segundos. Ahora dormía agitadamente. Al moverse, el calor concentrado de su cuerpo se desvanecía entre los pliegues de las sábanas. Tan pronto me sentía abrigado como totalmente descubierto y desamparado. Una sensación de inseguridad me iba poseyendo. Sí, era evidente que algo la intranquilizaba y no la dejaba descansar.

Por primera vez en aquella cama, tan inmensa como una nave, tuve la misma desazón que hoy tengo en este lecho de hospital. Adivinaba que mi madre también tenía miedo. No sabía de qué, pero estaba seguro de que ella participaba de ese mismo temor que hacía a mi padre pasearse por los corredores, hasta la media noche.

Por las mañanas me despertaba confuso y angustiado, pues en la noche había captado, con una mayor lucidez que la del pensamiento, la gravedad del peligro que nos amenazaba. Entonces deseaba que él volviera pronto, o, por lo menos, que llegara el indio que siempre enviaba a avisarnos cuando debía tardar en la finca más de lo previsto.

Pero sus ausencias se hacían cada vez más frecuentes y prolongadas. Una noche llegó sin anunciarse, mientras yo dormía en su cama. Me sacaron de ahí, precipitadamente, y me llevaron a la mía. A pesar de que tuve rabia porque hubiera vuelto y me hubieran sacado así, me sentí tranquilo.

Cada vez que se iba aumentaba mi impresión de inseguridad y, últimamente, había comenzado a temer que no volviera más. Nunca me había pasado eso antes.

Y entonces comencé a rogarle que no fuera más a la finca, que no nos dejara solos. Ante mis súplicas, una vez más me dijo:

—La próxima vez vas a venir conmigo. Ahora debés cuidar a tu mamá.

No le dije más, pues la idea de trasponer los montes que circundaban nuestra meseta me daba miedo. No quería ir. No quería que nadie saliera de la casa.

Durante varias noches seguidas tuve un sueño que me hacía sufrir mucho: Veía alejarse a mi padre por un camino estrecho y en la cima de un monte le veía alzar el brazo y despedirme con la mano extendida. Poco a poco él iba desapareciendo y su mano se agrandaba, a tal grado, que sus dedos parecían los rayos de un sol que se iba ocultando lentamente, proyectando una luz lívida sobre un cielo tenebroso. Al llegar a ese momento me despertaba jadeante, y sólo cuando oía llegar el sonido de su voz grave y apagada, desde el cuarto vecino, recobraba la calma de nuevo. Me gustaba sentarme, en la oscuridad, y oír su voz, aunque no comprendiera lo que hablaba. Oía que ella le hacía hablar en voz baja, sobre todo cuando presentía que yo podía oírlos.

Cuando iba a la finca, lo hacía siempre por la mañana, pero en los últimos tiempos, salía algunas veces de noche y cuando yo despertaba ya no estaba ahí. Para evitar eso, procuraba no dormirme, controlar mi sueño, y eso hacía que de día anduviera somnoliento, perdido en los corredores de nuestra casa.

Una noche, mientras comenzaba a dormirme, oí que se disponía a salir. Lo recuerdo como si lo estuviera viendo ahora mismo. Me vestí rápidamente y salí gritando: —No se vaya, no se vaya sin despedirse de mí, papáito.

Me abracé a él queriendo retenerle por un brazo y luego me aferré a su pierna. Él, con sus ojos penetrantes sobre mí, me repetía: —La próxima vez vas a venir conmigo. No hay que llorar. ¡Hay que ser hombrecito!

Se fue, y yo me quedé paralizado al verle alejarse en su caballo, por la calle empedrada, en la cual crecía la hierba, que me recordaba la del cementerio.

Transcurrieron algunos días, que fueron para mí inacabables, y después de una semana mi mamá dijo que llegaría al día siguiente. Me levanté temprano y le pedí no estudiar esa mañana. Ella me lo permitió y volvió a aceptarme en su vecindad. Le esperaba con visible excitación que no le era posible disimular, y preparaba una comida especial para él.

Al terminar fue a sentarse a la sala, inmóvil, con la cara enrojecida y los ojos fijos en el reloj que hacía sonar su implacable palpitación.

Se ponía de pie frecuentemente, para ir a la ventana y observar si él asomaba por la calle. Yo la veía, sentado en la alfombra, y de pronto decidió preguntarle por qué tardaba tanto.

—No hagás más preguntas. Ve al zaguán y ahí podés esperarlo —me respondió.

Así lo hice y esperé dos horas. De pronto vi aparecer en el extremo de la calle al indio que le acompañaba siempre a pie. Venía corriendo, con la mirada descompuesta. Sin hacer caso de mí entró precipitadamente, se enfrentó con mi mamá que salía a recibirle a la puerta de la sala. Corrí, queriendo oír las noticias con precisión. El indio balbuceó que mi padre estaba herido. Creí comprender que había recibido un balazo y que el caballo lo había dejado tendido en el camino.

No comprendía bien porque él hablaba mal el español. Todo era confusión pero oía que mi mamá repetía maquinalmente, como hablando para sí misma, que era una locura haberse opuesto. ¡Como

si los deseos del Presidente pudieran discutirse! Lo decía ahora con voz neutra, sin rabia y sin angustia.

Salió apresuradamente y yo, aturdido, me fui a la azotea. Veía esta vez los montes azules, que antes me parecían tan erguidos, como si estuvieran aplastados por la masa inerte de las nubes. Oí que entraban en tumulto a la casa: Traían su cuerpo. No quería bajar de la azotea; no quería verlo. Me causaba espanto. Lo llevaron a la sala y ahí se encerraron con él, hasta que lo dejaron tendido en una cama.

Bajé y me acerqué a la sala. Mi mamá me tomó de la mano y me llevó ante él: Se le veía la cara un poco hinchada, la boca llena de algodones.

Advertí que así, con los ojos cerrados, se parecía a los indios que nos servían. Pero aparté de mí esa idea, porque me pareció irrespetuosa. ¡Si él hubiera sabido que yo lo comparaba, dentro de mí, con los indios, no le habría gustado...!

No pude llorar. No comprendía nada pero me tranquilizaba al ver esos ojos cerrados y no brillantes y afiebrados como en los últimos días. Algo dentro de mí descansaba. Sabía que él ya no tenía nada a qué temer.

Presentía que iba a ser necesario ser muy fuerte para vivir sin él, pero yo mismo me asombraba: ¿Cómo era posible que, después de tanto miedo de que él no volviera, ahora que le veía muerto no me era posible llorar? Me sentía culpable por eso y con mucho esfuerzo, exprimiéndome los ojos, logré llorar unas lágrimas.

Al día siguiente le llevaron al cementerio. Vino muy poca gente a su entierro. Mi mamá decía que era mejor así. Volvimos durante nueve días a llevarle flores y mientras estábamos junto a su tumba comenzó a crecer dentro de mí, inexorable, la certidumbre de que algo incomprensible reinaba sobre nosotros, que no podíamos estar seguros de nada, ni confiar en nada tampoco. Tenía en ese tiempo, doce años.

Mi mamá cambió por completo. Iba y venía, silenciosa, por la casa, con un gesto duro en la cara. No dejaba que me acercara a ella y una vez que le pedí dormir en su cama no me respondió siquiera: Me vio friamente, como si le pareciera inaudito que le pidiera algo.

Yo no sabía qué hacer. Desde que él había muerto erraba por la casa, y otra vez volvía a jugar solo, detrás de las puertas. Me parecía que en ese lugar podía decirme a mí mismo lo más íntimo y profundo de toda aquella situación en que me hallaba. Puse un retrato de él detrás de la puerta y me sentaba a verlo, como si quisiera hacer brotar del papel una vibración desconocida.

De pronto, mi arrepentimiento me golpeaba con crueldad y entonces repetía sin cesar:

¡Perdóneme! ¡Perdóneme por haberle odiado a veces! ¡Perdóneme, papáito!

Era, en ese momento, como si estuviera rezando. Sentía descargarme de mi culpa, pues creía haber participado en aquella muerte. ¿La había deseado, acaso? Si, cuando dormía feliz, en la cama de mis papás, había querido que tardara muchos días lejos de nosotros. Y cuando vi que el peligro se acercaba, había deseado que se muriera, antes que sentirme abandonado. Además, no había llorado cuando le trajeron muerto.

Me debatía con todos esos pensamientos, para llegar más tarde a la conclusión de que había querido todo eso, sabiendo de antemano que no habría de ser cierto. Como si se tratara de una travesura. Pero ahora él estaba muerto y yo, que lo había deseado, estaba ahí, al lado de mi madre. Me invadía entonces un deseo de venganza, pero no sabía contra qué o contra quién.

Después de algunos días vi que mi mamá comenzaba a levantar las cosas que estaban sobre los muebles. No le di importancia a ese hecho, pues hacía eso cuando limpiaba la sala. Me pareció extraño

que pensara en la limpieza apenas unos días después de su muerte. Pero ella continuaba moviendo los muebles, cubriéndolos con fundas blancas, poniendo los objetos en los lugares más insólitos.

Siempre me había gustado el orden de nuestra casa. Aún después de muerto mi padre, al ver que todo volvía a estar en su puesto, había sentido un gran consuelo. Sólo la sala había sufrido alteraciones la noche en que lo velamos. Al día siguiente todo había quedado de nuevo ordenado.

Por eso, ahora que veía la casa entera en desorden, comencé a sentir como si el terreno que pisaba se moviera. Y le preguntaba a ella por qué hacía eso.

—No hagas tantas preguntas y ayudame.

Sin atreverme a insistir yo también empaqué algunas cosas. La cabeza me daba vueltas y sin poder controlarme dejé caer un florero. Y entonces sí me puse a llorar, sentado en el suelo.

Se acercó a mí, rígida, y tendiéndome la mano para que me pusiera de pie, fue pronunciando lentamente algunas palabras que fueron para mí como una sentencia:

—El Señor Presidente va a comprarnos la finca. Con ese dinero viviremos, para siempre, en la capital.

No dijo más. En su mirada vidriosa creí ver que brillaba el rencor: Le pregunté ansiosamente si odiaba al Presidente, si yo debía odiarlo, si era realmente un hombre malo. Y sin que quisiera me salió una pregunta que me había estado callando a mí mismo:

—¿Fue él quien hizo matar a mi papá?

Me vio con la mirada imprecisa, y con la mano indolente, casi sin voluntad, se santiguó mientras decía con voz apagada: —Que se haga lo que Dios quiera.

LAS CELDAS (Selección)

Cara II:
Duración:
21'47"

Manuel recordó las dos semanas infernales en las que había asistido a esas sesiones, por las que había resuelto huir del monasterio. No estaban muy lejanas; su efecto parecía aún vigente: ¡Ese miedo de sí mismo de sus palabras, de sus gestos, de todo lo que no había sido nunca pronunciado!

Todo eso lo había hecho salir del edificio aquella noche. Casi sonámbulo había corrido hasta precipitarse en una pendiente cercana, a donde fueron a recogerlo con los pies sangrantes, en medio de su desvarío. ¿Cómo había llegado a esa situación? Se concentró en esos recuerdos que habían dormido durante largos meses lejos del monasterio.

Recordaba ahora la primera vez que había visto al médico: inmutable, detrás de unos grandes anteojos, que no alcanzaban a enturbiar la mirada transparente, fija sobre él. La cara morena era firme, pero por momentos le parecía ver, inscrita en ella, el semblante de un niño envejecido. Y era difícil verlo, sostener su mirada que, a pesar de todo, no era dura ni reprobatoria. Se diría, simplemente, que esperaba algo. Así lo declaró cuando le había pedido que hablara de él mismo, de sus propios recuerdos. Y él le había preguntado, con desencanto:

—¿Recuerdos buenos o malos?

Sólo oyó una breve respuesta:

—Todos. Todos los recuerdos.

Había comenzado por decirle que estaba en el monasterio esperando a hacerse postulante, después de haber ido a Guatemala durante algunos días, pues su madre le había llamado y él se había visto forzado a hacer ese viaje tan fatigoso para pasar con ella la Nochebuena, como en otros tiempos.

... ¡Mira el lucero! ¡Qué grande es. Y el portal, con el niño Dios recién nacido. Nacido de la virgen. ¡Ay Dios! ¿Por qué no podemos tener un hijo sin necesitar de los hombres? ¡Para lo que

sirven después...! Vienen, nos aplastan con su peso y dejan su semilla. Y una pobre mujer tiene que arar y cosechar sola. ¿Y para qué? Para que los hijos la abandonen después.

Había hecho ese viaje sin ganas. Si hubiera podido elegir habría preferido quedarse en el monasterio, al lado del Padre, en vez de visitar a su mamá.

Había hablado y hablado. Por primera vez le era dable decir a alguien esas cosas. Y cuando el médico lo despidió, con la advertencia de que se verían dos días después, le preguntó, casi al salir:

—¿Y su padre, el suyo?

Esa simple pregunta le provocó un intenso malestar. Como una puñalada en el cuello y la espalda. Sólo al responder que su padre se había ido, que vivía con otra mujer, la tensión aflojó un poco.

Al caminar de regreso a su celda se había tropezado con las piedras del camino, después de encontrar al hermano Francisco que quiso saber cómo le había ido con el médico.

—No sé —había respondido.

Y era verdad. No sabía qué significado podían tener todas esas preguntas. Y el médico le pareció muy antipático. ¡Como si él no fuera también un ser humano! Había permanecido todo el tiempo sentado, con la cara inexpresiva, queriendo saberlo todo sin revelar nada.

... Un ámbito nebuloso. Sobre el suelo estaba la figura de una muchacha, dormida, cubierta por una sábana blanca ceñida al cuerpo, como si estuviera mojada. A su lado, otros cuerpos iguales, recogidos de las piernas, las caras ocultas detrás de las sábanas informes, respiraban moviéndose a pesar de ellos mismos. ¿Dormían? ¿Estaban vivos o eran los últimos calambres que preceden a la muerte? Una sofocación pesaba sobre el recinto. Un deseo de escapar ante la imagen del enorme cañón de una pistola que entraba por la ventana, que se hacía grande, poderoso, amenazador; que apuntaba contra él, enrojecido a punto de estallar.

Al despertar con el corazón que latía frenético, había oído el canto de los grillos, triste y apaciguador, como la voz de un llanto lejano, irrecuperable. Y a partir de ese momento su desazón había ido en aumento: al ver al Padre rehuía su mirada, aunque al pasar no podía renunciar a la tentación de recrearse, sin ser visto, contemplando de lejos su aplomo, la seguridad que emanaba de él. Una vez había recogido el escapulario que el Padre dejó tirado en el suelo, al pasar. Olía a jabón, a limpieza, con el residuo de la plancha sobre la tela. Lo guardó para él y lo apretó contra el pecho: era el signo de la antigua firmeza, de la fe que se iba quebrantando.

Al volver a la consulta con el médico había equivocado la hora. Llegó agobiado, sin deseos de hablar, movido por un solo impulso; evitar que el Padre fuera a enojarse con él porque faltaba a esa cita.

Él lo esperaba con la misma actitud. Quiso saber entonces cómo era, pues no había logrado precisar su fisonomía. Y le pareció más bajo de estatura que la vez anterior. En su cara había una expresión de dominio, y al mismo tiempo de quietud, de humildad, de ternura. Y, además, algo de ansiedad. Todas esas expresiones simultáneas conformaban esa fisonomía que, a pesar de todo, tenía algo de atrayente. Tuvo ira ante ese sentimiento y fingió indolencia al hablar:

—¿Y ahora, qué? ¿Volveremos a lo mismo?

—A lo mismo —respondió el médico—. Volveremos a usted.

—¿A mí?

Un ruido sordo dentro de las orejas se acumuló, inmovilizándolo en el diván. Como si fuera un vehículo que le destrozara la cabeza. Comenzó de nuevo a hablar de su reciente viaje a Guatemala, de su madre doliente, de su propia inconformidad. Y se atrevió a decir, muy quedo, que odiaba oírle decir algunas palabras esperanzadas, con ese tono tan peculiar de lamentación.

—¿Le disgusta eso?

Se sorprendió diciendo:

—En realidad me disgusta todo lo que ella hace.

Una marejada fulgurante había pasado dentro de sus ojos cerrados, como un torrente de piedras que molían su cerebro, causándole un dolor terrible en los globos de los ojos.

...¿Lo ves? Sólo le gusta lo malo, lo torcido. ¿Lo ves? Siempre espiando detrás de las puertas, por las cerraduras. Siempre queriendo enterarse de lo que no debe saber un niño. Siempre tocando a la gente. Y no sólo a las mujeres, también a los hombres.

Se había puesto de pie. El médico lo veía intrigado, un poco sorprendido. Habría podido asegurar que sus ojos tenían una expresión irónica, como si se estuviera divirtiendo a costa suya. Le declaró muy terminante, que no tenía nada más que decir.

Cuando salió dio un fuerte golpe a la puerta. Fue a acostarse a su celda profundamente disgustado. Un malestar físico le oprimía el pecho, le nublaba la vista y le hacía confundir el contorno de las cosas. Rezó durante una hora sin poder dormir: Santa María, madre de Dios, Santa María, virgen y madre. ¡Virgen y madre!

Repitió la frase más de cien veces, haciendo crecer la intensidad de las palabras hasta que se sorprendió diciéndolas con ira, lentamente, como golpes dados contra sí mismo, casi gritándolas, como si fueran una injuria.

...Una cama muy ancha. Alguien quería someterlo para que se acostara y por fin lograba hacerlo. Ahora estaba amarrado viendo al techo del cuarto que se movía, subía, bajaba, iba a desplomarse sobre él. Y de su boca veía salir unos animales gelatinosos, blandos, que al brotar hacían el efecto de un vómito sangriento. Quería arrancar a tirones esas alimañas. Tiraba más y más. Pero al final, fuertemente adheridas venían sus vísceras; el centro mismo de su cuerpo, el trasfondo más oculto de su ser. No pudo evitarlo ya. Siguió tirando aunque sabía que iba a quedarse totalmente vacío. Para salvarse, emprendía una fuga desenfrenada. Corrió y corrió, hasta no poder más.

Al despertar lo rodeaban los monjes con la mirada dilatada por el miedo. ¿Qué le había pasado? Se veía los pies descalzos, sangrantes, irreconocibles.

Lo cargaron para llevarlo al monasterio y acostarlo después de darle un jarabe somnífero. El Padre fue a preguntar por él, pero cuando lo vio cerca cerró los ojos. ¡No quería verlo más! Era por su culpa que él se había lastimado de esa manera.

Había oído que preguntaba a los hermanos si estaba malherido, pero los demás lo consolaron diciéndole que el jarabe lo haría dormir y que el hermano Francisco velaría a su lado y rezaría por él.

El dolor le atenazaba las piernas y no podía moverse siquiera. Y entonces decidió que preferiría morir antes que volver a esos interrogatorios. Allí mismo, con la mente nublada por el somnífero, se debatía entre las promesas que había hecho de permanecer fiel a su fe y la imposibilidad de cumplirlas en esas circunstancias.

Pasaron tres días en los que permaneció mudo, sin querer oír a nadie, sufriendo al pensar en todo lo que dejaría al irse, postergando el momento de realizarlo.

Una tarde, sin reflexionarlo más, cuando la noche comenzaba a extenderse, inició la marcha, con los pies todavía adoloridos. Así llegó a la pequeña población cercana donde pudo abordar el camión que habría de llevarlo a la capital.

...Vamos a caminar un día a ese volcán. Desde la cima del Tacaná se puede ver la costa de México y la de Guatemala. Pero iremos cuando seas capaz de andar sin caerte. Los hombres no deben caerse nunca.

—¿Usted no se ha caído nunca, papaíto?

—Nunca. Eso se queda para los maricas de la ciudad, que andan viendo dónde ponen los pies para no ensuciarse.

—A mí me gustaría ir a la ciudad.

Pero el recuerdo del Padre se fue volviendo imperativo y por momentos creía verlo allí, sentado entre los estudiantes, a las horas de las comidas. Allí parecía levantar la cabeza para sonreírle, irónico, como si se burlara de él por haber huido del monasterio.

Se acostaba temprano. Bebía el mismo somnífero que le habían dado la noche de su desvarío. Y se preparaba, gustoso, a soñar durante largas horas; imágenes en las que el Padre aparecía siempre en situaciones en que ambos, unidos de las manos, ascendían la serranía cercana hasta alcanzar la cúspide del volcán.

Una antesala. Una cruz y dos reclinatorios. Antes de entrar en el gabinete el Padre le explicaba. ¿Qué decía? Su cara cercana, el dibujo nítido de su nariz, de su amplia frente. Y una honda ternura casi tangible, gravitaba sobre los dos. Las palabras ya no tenían sentido. Eran sólo una línea incorpórea entre dos hombres que querían comunicarse para siempre. ¿Era esa la eternidad?

Despertaba defraudado. La estrechez de su cuarto de estudiante, la dureza de su cama, la luz lívida que se filtraba por la cortina, insuficiente para cubrir la ventana... Nada de lo que lo rodeaba tenía ese aliento jubiloso de sus sueños. ¿Cómo hacer para estar soñando siempre?

Como esa situación había llegado a volverse insoportable, decidió volver. Para ir al encuentro de sus sueños.

La campana mayor del monasterio sonó pausada, haciendo que la atmósfera multiplicara sus voces en un eco vibrante, rotundo, a lo ancho de todo el valle. Era domingo y seguramente el Padre iba a reunir a los monjes para la meditación habitual. Manuel necesitaba oírlo de nuevo y verlo otra vez, erguido sobre las cabezas, dejando caer lentamente sus palabras, con esas erres extrañas, que agraciaban su inflexible dicción.

Sin sentirlo se había alejado del monasterio, caminando mientras recordaba su dolorosa aventura. Regresó de prisa y llegó al amplio oratorio. Al subir los escalones encontró de nuevo a Francisco. Se acercó a él y marcharon juntos. Quiso tomarlo del brazo para decirle, afectuosamente:

—¿Me perdona, hermano? Sea bueno.

Francisco rehuyó esta vez el contacto. Sólo le preguntó si ya se sentía mejor. Manuel dijo que había pensado en muchas cosas sin pensar precisamente en nada. Y se detuvo sorprendido ante las palabras del hermano:

—¡Buen síntoma!

—¿De qué?

—De que ya no está tan perturbado, supongo.

Se adelantó para mostrar a Manuel un lugar entre los otros monjes que, reunidos de nuevo por primera vez desde su regreso, se iban sentando en las angostas sillas del oratorio. El Padre esperaba al fondo, con la cabeza alta, una cabeza cuyo color igualaba al de ese nuevo hábito gris, que a la luz de la mañana se veía blanco, como si fuera el de un novicio.

Parecía más joven que nunca. La cara enérgica, hermosa por la seguridad que emanaba de ella, ostentaba esa nariz de corte caprichoso; firme y delgada, pero carnosa y desenvuelta en varios planos al llegar al extremo. Nariz que le daba el aspecto de un caballero cruzado, recio e imperativo, pero al mismo tiempo sensual.

Manuel sólo había podido hallar sitio lejos del centro del oratorio, y desde allí seguía todos los movimientos del Padre: la figura, grande en medio de esa multitud de cabezas, se fue volviendo inmensa a medida que comenzaron a crecer sus palabras, dominando los rumores, poseyendo poco a poco la atención de todos. Aludía a un tema que resultaba grato a Manuel. Al comenzar había anunciado su meditación con un título simple y breve: Fuera y dentro.

Hablaba del mundo como si éste fuera un molde, dentro del cual cada quien busca un acomodo. Hablaba también de San Pablo,

de su visión del mundo exterior, como negación misma de Dios.

Manuel escuchaba en un estado casi hipnótico, poseído por su antiguo bienestar. Disfrutaba cada una de esas palabras, las inflexiones secretas, la contención de la voz que se replegaba sobre sí misma, para después lanzarse y llenar el espacio total de la capilla; la sabiduría de los silencios que de pronto, inesperados, apoyaban la marcha ascendente del discurso.

...Reza, hijo. Reza. A ver si así podemos olvidar el rencor de este abandono en que nos dejó tu padre. A ver si así... Reza por mí, porque yo quisiera hacerlo pero no puedo; no tengo fuerzas. Tú, en cambio, lo único que tienes que hacer, es rezar. Pedirle a Dios que se apiade de nosotros. Y a la Virgen Santísima. A los santos, no. Mejor directamente a Dios y a la Virgen. Y también a los ángeles, que no saben del mal.

El Padre continuaba reprobando el fácil acomodo con el mundo y urgía a los hermanos a descubrir la presencia de Dios dentro de ellos. Proclamaba en voz alta:

"El paso de afuera hacia adentro, del mundo hacia Dios, es el programa de toda vida humana."

Tenía hambre. Iría al comedor y después hablaría con el Padre. ¡Hablaría con él muchas veces más! Por el momento no quería hacer proyectos. Estaba harto de pensar.

Al abrir la puerta de su celda para salir, vio pasar a uno de los monjes que caminaba presuroso:

—¿Qué pasa, hermano?

Su pregunta cayó en el vacío, pues el otro no volvió a verlo siquiera. Atónito, de pie en medio de la puerta, contempló el corredor. A esa hora se veía encendido, con una luz que venía desde el fondo y que daba a los muros blancos y al piso de ladrillo un tono cobrizo, como de miel untada en todas las superficies.

Al instante vio venir a Francisco, que se acercaba moviendo la cabeza en señal de reproche, como si quisiera hacerle sentir alguna reprobación:

—¿No sabe, hermano?... —dijo agobiado.

—¿Qué ocurre? He oído pasos, carreras, agitaciones... Pero no sé si era verdad o lo he soñado. Anoche tuve miedo de perder totalmente la razón.

—¿Pero de verdad no sabe? —le repitió Francisco, sin hacer caso de su confesión, tan grave para él, tan llena de angustia irrevelada.

—¿Qué es lo que debo saber? —dijo hoscamente, sin querer oír la respuesta.

—Pero si vinieron a llamar a su puerta varias veces —le regañó Francisco—. Sólo contestaba con gritos y gemidos. —Y para concluir declaró: Como no era indispensable, dejaron de llamarle.

—¿Indispensable para qué?

—Para ir a traer al médico; que viniera a atender al Padre, porque tenía un terrible dolor de cabeza que casi lo volvía loco.

—¡Loco! ¿Él también?

Francisco, sin escuchar, hacía aspavientos mientras hablaba:

—Vino el médico; el Padre se fue con él y al volver traía la triste noticia: parece que se trata de un mal irremediable en el ojo izquierdo. Van a operarlo hoy mismo. Dice el médico que es un caso extraño; un cáncer en el ojo.

Manuel dio un fuerte grito y luego comenzó a repetir las mismas palabras:

—¡No es posible! ¡No puede ser cierto! ¡No es posible! ¡No quiero!

En vano trató Francisco de aquietarlo, arguyendo que el caso era triste, pero que la operación salvaría al Padre, que por otra parte, él estaba sereno, seguramente confiado en los designios de Dios. Manuel no pudo más. Sus piernas se flexionaron y cayó allí mismo, en el quicio de la puerta.

...¡Sus ojos! ¡Sus hermosos ojos azules que parecían iluminarlo todo! ¡Tan firmes! Como si penetraran la mirada de los demás para saber lo que pensaba. Tan dulces en los momentos de confidencia, presentidos en la sombra del confesionario, fulgurantes de ira recóndita ante el motín de los monjes, fijos y alucinados cuando recordaban los primeros brotes del desorden. Sus grandes, inmensos ojos acusatorios, que lo habían hecho sentirse siempre desnudo ante él; sus terribles ojos condenatorios, que iban a salirse de las órbitas cuando recordaba la humillación que los pistoleros le hicieran al expulsarlo de su primer monasterio. Sus inalcanzables ojos dentro de los cuales se veía el mundo reducido a pequeñas dimensiones; sus ojos translúcidos, como dos lentes que clarificaban el contorno difuso de las cosas. ¡Esos dos grandes ojos iban a ser lesionados; mutilados como un balón de aire que sufre un pinchazo! Y en ese momento toda la sabiduría, la redondez del mundo quedaría abolida. ¡La sabiduría de esos dos ojos! Dentro de ellos permanecía y se transmitía en el diario intercambio de las miradas, comunicando las vibraciones más secretas, íntimas, incomprendidas.

Sin decir nada, salió Manuel del comedor. Nadie advirtió su ausencia. Sólo Francismo, al no verlo, supuso que había regresado a su celda. Y él caminó de prisa bajo el sol reverberante, evadiendo las sombras de los árboles, procurando sentir el sudor que le llenaba el cuerpo y que parecía aliviarlo de su peso.

La ceguera del deslumbramiento lo hacía caminar inseguro, alterado, sintiendo que con ese malestar acompañaba al Padre en su desgracia. El cielo entero era un inmenso ojo azul, como el que el Padre acababa de perder. Ese ojo tan luminoso que al ser extraído iría a rodar a un basurero, a perderse entre las cosas desechadas de este mundo.

Una firme determinación le hacía mantener el paso sin desmayos: iría directamente a la habitación del Padre, en el hospital de la población cercana, y pediría que lo dejaran entrar.

Caminó largamente, sin idea del tiempo, por entre veredas y caminos. Los automóviles de la carretera pasaban ahora vertiginoso, mientras él continuaba su marcha, ansioso, como si temiera que al llegar hubiera desaparecido el Padre del lecho en que estaba. ¿Cómo habría podido ayudarlo? Quizás podía servirle de enfermero, o simplemente haría la limpieza de su cuarto... Su antigua adoración florecía de nuevo y con ella una sensación de plenitud, de amor bien ordenado, de olvido del mundo y sus pesares.

Caminó por las calles de la ciudad. Preguntó reiteradamente dónde se hallaba el hospital. Se extravió repetidas veces y finalmente llegó, casi al anochecer. En la puerta un letrado implacable lo detuvo: "Prohibidas las visitas."

Sin que nadie lo advirtiera se hizo pequeño sobre sus piernas y se deslizó sin ser visto, frente al mostrador de la entrada. Como un ladrón se escabulló juntando su cuerpo a las paredes, en busca del cuarto. Preguntó a una enfermera por el número y ella, indiferente, le dijo que era el 33.

Buscó el número, sin atreverse a preguntar de nuevo, pues las paredes formaban una complicada red de caminos iguales. Por fin llegó frente al 33. Se detuvo para ver el triste estado de su ropa; los zapatos polvorientos, el hábito recogido, sudoroso, y el pantalón, con dos prominencias en las rodillas. Secó el sudor y la tierra de su cara y con la energía que aún le quedaba llamó a la puerta. La cara del joven extranjero que lo recibiera al llegar al monasterio asomó en una rendija:

—¡Ah, es usted!

—Sí —dijo—. Quiero ver al Padre.

El joven manifestó que estaba prohibido visitarle ahora, pero Manuel arguyó que él no era una visita, sino su propio hijo. Él

trató de cerrar la puerta pidiendo disculpas, pero Manuel interpuso un pie para impedir que lo hiciera.

—¡Por favor, váyase usted! —Suplicó desvalido el joven—. No haga tonterías. Por el bien del Padre.

Una ráfaga de ira llenó su cabeza. Habría querido agredir al joven y tomar su puesto de guardián, en vez de rogarle. Pero pensó en el Padre, en su noble semblante, en la cuenca vacía de su ojo.

—¿Me dejará verlo? —rogó tristemente.

—Está dormido aún. Todo el tiempo ha estado bajo los efectos de un anestésico.

Al decirlo se santiguó y Manuel pensó también en el terrible momento en que despertara. ¿Qué haría el Padre?

Se cubrió la cara con las manos, como cuando era niño y se negaba a ver los rayos de la tempestad que caían sobre la costa de Guatemala. El joven creyó que lloraba y dijo con emoción:

—Rezaremos por él. Para que vea que, aunque debo cumplir con mi deber, quiero complacerlo a usted, lo dejaré verlo desde aquí.

Abrió un poco más la puerta y Manuel pudo ver la larga nariz que emergía de una masa informe de vendajes. La frente alta, despejada, resplandecía sobre la blanca aglomeración de las almohadas.

La respiración acompasada, un poco sonora, le hizo sentir una ternura profunda. El cuerpo fuerte, largo, ahora agobiado e inmóvil, se dibujaba debajo de las sábanas. Un aliento solemne y funerario se desprendía de esa visión. El joven, temeroso, volvió a cerrar la puerta y concluyó:

—Ya lo ha visto usted. Es el único a quien he permitido hacer-

lo. Y ahora váyase, por favor. Cuando sea posible, usted será el primero en venir. Se lo prometo.

Manuel tenía ya aquella imagen dentro: ¡Un Cristo yacente! pensó. Un Cristo ciego, a quien su Padre ha querido dejarlo en la media luz.

Las palpitaciones fuertes, desacompasadas, anunciaban la inminencia de la crisis. No sabía qué hacer; si irse o permanecer allí.

¿Irse? ¿A dónde? ¿A ese monasterio alterado por el rencor? ¿Quedarse? ¿Cómo, si ni siquiera le permitirían estar dentro de la habitación?

Las luces del hospital se iban apagando poco a poco y Manuel, casi imposibilitado para moverse, tuvo una idea que le pareció salvadora, ante esa puerta cerrada e inmovible:

Se fue deslizándose hasta quedar sentado en el suelo y allí plegó las piernas contra el vientre para no ser visto. Se acostó, pues estaba decidido a permanecer así hasta que el Padre supiera el resultado de la operación. *Entonces lo confortaría con su presencia.*

Acostado en ese lugar se sentía pequeño y protegido. Estaba cerca de él, separado solamente por esa puerta.

¡Como un perro!, volvió a pensar. Como aquella noche en el monasterio. ¿Qué importaba eso ahora? Nadie iba a moverlo de allí. Se prendería con las manos, los pies, con la boca si era necesario; con todas sus bocas iba a adherirse a ese pedazo de suelo, para que nadie pudiera moverlo. De eso podían estar seguros los médicos, las enfermeras, los monjes y todas sus disciplinas y sus leyes. Nadie iba a moverlo del lugar que le correspondía, el que había elegido por propia voluntad.

que de tener la puerta abierta para el mundo exterior.

—Pero cómo, señor, si el mundo exterior es el mundo exterior? —

—Una cosa es el mundo exterior y otra es el mundo interior. El mundo exterior es el mundo que se ve y el mundo interior es el mundo que se siente.

—Pero, señor, ¿cómo se siente el mundo interior? —

—Se siente como se siente el mundo exterior, pero con una diferencia: el mundo exterior se siente con los ojos y el mundo interior se siente con el corazón.

—Pero, señor, ¿cómo se ve el mundo exterior? —

—Se ve como se ve el mundo interior, pero con una diferencia: el mundo exterior se ve con los ojos y el mundo interior se ve con el corazón.

—Pero, señor, ¿cómo se siente el mundo interior? —

—Se siente como se siente el mundo exterior, pero con una diferencia: el mundo exterior se siente con los ojos y el mundo interior se siente con el corazón.

—Pero, señor, ¿cómo se ve el mundo exterior? —

—Se ve como se ve el mundo interior, pero con una diferencia: el mundo exterior se ve con los ojos y el mundo interior se ve con el corazón.

En el mundo exterior, el mundo interior se ve con los ojos y el mundo interior se ve con el corazón.

En el mundo interior, el mundo exterior se ve con los ojos y el mundo interior se ve con el corazón.

En el mundo exterior, el mundo interior se ve con los ojos y el mundo interior se ve con el corazón.

En el mundo interior, el mundo exterior se ve con los ojos y el mundo interior se ve con el corazón.

En el mundo exterior, el mundo interior se ve con los ojos y el mundo interior se ve con el corazón.

En el mundo interior, el mundo exterior se ve con los ojos y el mundo interior se ve con el corazón.

En el mundo exterior, el mundo interior se ve con los ojos y el mundo interior se ve con el corazón.

En el mundo interior, el mundo exterior se ve con los ojos y el mundo interior se ve con el corazón.

En el mundo exterior, el mundo interior se ve con los ojos y el mundo interior se ve con el corazón.

En el mundo interior, el mundo exterior se ve con los ojos y el mundo interior se ve con el corazón.

En el mundo exterior, el mundo interior se ve con los ojos y el mundo interior se ve con el corazón.

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Facultad de Filosofía y Letras

Departamento de Filosofía

Sección de Filosofía

Elaborado por

Departamento de Filosofía

Elaborado por